

---

# VIERNES SANTO

## RECONCILIACIÓN Y FAMILIA. EL DOLOR, EL CONFLICTO

---



En el Viernes Santo, día de la Cruz y la muerte de Jesús, queremos reflexionar acerca de las cruces que cargan tantas familias hoy en día, intentando buscar un horizonte y una salida a todas estas situaciones. Se nos proponen dos textos, el primero sobre cómo acompañar a tantas familias heridas que encontramos dentro de la sociedad y la comunidad eclesial. Como dice el Proyecto del Grupo de San Francisco *“En la fraternidad no se trata de vivir unos al lado de otros, sino los unos para y con los otros”* (17).

El segundo texto nos presenta algunos retos que surgirán, inevitablemente, dentro de nuestras familias ¿Cómo educar a nuestros hijos sobre el fracaso, la enfermedad, la muerte o la falta de sentido vital en un mundo que muchas veces prefiere mirar a otro lado cuando hay que enfrentar estas cuestiones? Aunque referidas en este caso a los hijos, los adultos debemos igualmente aprender a afrontar y a gestionar estas duras situaciones de dolor.

# «LLEGÓ DONDE ÉL Y, AL VERLO, SE CONMOVIÓ» (LC 10,33). CUIDAR DE LAS FAMILIAS HERIDAS

PABLO GUERRERO RODRÍGUEZ, INVESTIGADOR DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS (MADRID)

*«Todos los cristianos estamos llamados a imitar al Buen Pastor y ocuparnos de las familias heridas». – Papa Francisco: @Pontifex\_es (12/11/2015)*

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en una emboscada de bandidos que lo despojaron y, después de apalearlo, se marcharon dejándolo medio muerto...» (Lc 10,30). Todos recordamos, sin duda, la parábola que Jesús nos ofrece para responder a la pregunta: «¿Quién es mi prójimo?» En ella se nos habla de un herido al borde del camino. No se nos dice quién es, puede ser cualquiera... Y esa persona herida ocupa el centro de una escena por la que desfilan tres personajes: un sacerdote, un experto en la Ley y un samaritano. Los dos primeros, aunque lo ven, se desvían y pasan de largo. El samaritano, al verlo, se conmovió... Porque no basta con ver; hay que dejarse afectar por aquello que vemos.

Tanto el sacerdote como el levita se hacen la «pregunta narcisista»: ¿qué me va a pasar si me detengo a ayudar a este hombre? El samaritano se hace la «pregunta cristiana»: ¿qué le va a pasar a este hermano si yo no le ayudo?

Ahora sustituyamos a ese hombre apaleado por una familia que padece heridas como pueden ser la violencia, la pobreza, la división, el desamor, la soledad, el abandono, y tantas otras. También ante estas familias heridas, ante estas situaciones a menudo dolorosas y difíciles (creo que tildarlas de «situaciones irregulares» no hace honor ni al dolor ni a los problemas que atraviesan estos hijos e hijas de Dios<sup>1</sup>), podemos hacernos ambos tipos de preguntas: la narcisista y la cristiana.

¿Qué le va a ocurrir a mi doctrina férrea, a lo que siempre me han enseñado, a mi vida «ordenada» que distingue perfectamente al justo y al pecador? ¿Qué le va a pasar a la manera que tengo de entender cómo aplicar la doctrina? ¿Qué le va a pasar a mi manera de ordenar la realidad, que entiende que solo hay blanco y negro y que hablar de matices del color gris es herejía y relativismo? ¿Qué le va a pasar a esa (falsa) seguridad que siento cuando tengo respuestas inamovibles a toda situación? ¿Qué le va a pasar a mi seguridad en el lenguaje a la hora de calificar (y juzgar) sobre todo la vida de los demás (p. e.: «los divorciados vueltos a

---

<sup>1</sup> «A nuestro alrededor encontramos diversas familias en situaciones así llamadas irregulares –a mí no me gusta esta palabra– y nos planteamos muchos interrogantes. ¿Cómo ayudarlas? ¿Cómo acompañarlas?»: PAPA FRANCISCO, Audiencia General de 24 de junio de 2015.

casar son adúlteros», o «los homosexuales son unos enfermos»)? En definitiva, nuevas formulaciones de la pregunta narcisista de aquel sacerdote y de aquel levita y que pervive en nuestros tiempos<sup>2</sup>. Pero hay una manera de acercarse a las familias heridas que es la verdaderamente cristiana. La que se pregunta: ¿qué le va a pasar a esta persona (familia), si lo que encuentra en mí es cerrazón sin entrañas? ¿Qué le va a ocurrir si pongo antes mi «doctrina» que el ejemplo de Jesús? ¿Cómo puedo transmitir a esta persona (familia) que Dios es un Padre bueno? ¿Cómo puedo ayudarle a descubrir que «Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia: ¿el Señor ve el corazón» (1 Sam 16,7)? Y lo más importante: en lugar de «arrojarle» encima la doctrina, ¿cómo puedo acercarme con respeto y con cariño para, como hizo Jesús con María Magdalena, preguntarle por qué llora?

Como afirma el Papa Francisco, en nuestra tarea de evangelización necesitamos presentar una Iglesia *«que tiene las puertas abiertas de par en par para recibir a los necesitados, a los arrepentidos, y no solo a los justos o a aquellos que creen ser perfectos»*; una Iglesia *«que no se avergüenza del hermano caído y no finge no verlo; es más, que se siente implicada y casi obligada a levantarlo y animarlo a retomar el camino y lo acompaña hacia el encuentro definitivo con su Esposo en la Jerusalén celestial»*. Esa Iglesia que es *«la viña del Señor, la Madre fértil y la Maestra atenta, que no tiene miedo de arremangarse para derramar el óleo y el vino sobre las heridas de los hombres (cf. Lc 10,25-37); que no mira a la humanidad desde un castillo de cristal para juzgar o clasificar a las personas»*. Esa Iglesia que acaba de recorrer un camino sinodal...



<sup>2</sup> «Por ello, un pastor no puede sentirse satisfecho limitándose a aplicar leyes morales a quienes viven en situaciones “irregulares”, como si fueran rocas que se lanzan sobre la vida de las personas. Es el caso de los corazones cerrados, que suelen esconderse aun detrás de las enseñanzas de la Iglesia para “sentarse en la cátedra de Moisés y juzgar, a veces con superioridad y superficialidad, los casos difíciles y a las familias heridas”. [...] Por creer que todo es blanco o negro, a veces cerramos el camino de la gracia y del crecimiento y desalentamos caminos de santificación que dan gloria a Dios. Recordemos que “un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades”. La pastoral concreta de los ministros y de las comunidades no puede dejar de incorporar esta realidad» (AL 305)

# EL CUIDADO DE LAS FAMILIAS HERIDAS A LO LARGO DEL PROCESO SINODAL...

*«La fuerza de la familia reside esencialmente en su capacidad de amar y enseñar a amar. Por muy herida que pueda estar una familia, esta puede crecer gracias al amor».*

*– Amoris laetitia, n. 53*

Podemos decir, creo que sin exagerar lo más mínimo, que en estos primeros años del pontificado de Francisco hemos asistido al reconocimiento de la familia como sujeto privilegiado de evangelización. Parecería que el papa quisiera ayudarnos a mirar y escuchar a la familia de forma nueva, aún con más respeto y dulzura... Incluso parecería que el papa quisiera comenzar su soñada conversión pastoral de la Iglesia, precisamente, por la pastoral familiar.

El documento preparatorio de la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo (en adelante, III AGE) ya señalaba la amplia acogida que tiene en nuestros días *«la enseñanza sobre la misericordia divina y sobre la ternura en relación a las personas heridas, en las periferias geográficas y existenciales»*. En el n. 47 del Instrumentum Laboris de III AGE se constataba la urgente *«necesidad de acompañar situaciones en las que los vínculos familiares están amenazados por la violencia doméstica, con intervenciones de apoyo adecuadas para resanar las heridas sufridas y extirpar las causas que las determinaron»*. El motivo de esta necesidad es claro: *«donde dominan abuso, violencia y abandono, no puede haber ni crecimiento ni percepción alguna del propio valor»*.

En el n. 80 de dicho Instrumentum Laboris se advertía cómo en las situaciones matrimoniales difíciles se apreciaban *«historias de gran sufrimiento, así como testimonios de amor sincero»*. Así, *«la verdadera urgencia pastoral es permitir a estas personas que curen sus heridas, vuelvan a ser personas sanas y retomen el camino junto a toda la comunidad eclesial»*.

La relación final del Sínodo Extraordinario, como sabemos, constituyó la base del Instrumentum Laboris (Lineamenta) de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo (en adelante, XIV AGO). Fue una «primera fase» sinodal en la que se comenzó a «hablar con parresía y escuchar con humildad». En ese documento final de III AGE, uno de los números parece que nos señala el camino a recorrer en la atención y cuidado de las familias heridas, al recoger tres palabras clave (acompañar, atención y cuidado): *«conforme a la mirada misericordiosa de Jesús, la Iglesia debe acompañar con atención y cuidado a sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido y extraviado, dándoles de nuevo confianza y esperanza, como la luz del faro de un puerto o de una antorcha llevada en medio de la gente para iluminar a quienes han perdido el rumbo o se encuentran en medio de la tempestad»* (n. 28).

En el número 45, al tratar específicamente del cuidado de las familias heridas, se afirma que *«en el Sínodo ha resonado con claridad la necesidad de tomar decisiones pastorales valientes»*.

Confirmando una vez más con fuerza la fidelidad al Evangelio de la familia y reconociendo que separación y divorcio son siempre una herida que provoca profundos sufrimientos a los cónyuges que los viven y a sus hijos, los Padres sinodales han percibido la urgencia de caminos pastorales nuevos que partan desde la realidad efectiva de las fragilidades familiares, sabiendo que estas, a menudo, son más «soportadas» con sufrimiento que escogidas en plena libertad».

## DECISIONES PASTORALES VALIENTES, CAMINOS PASTORALES NUEVOS

En el número siguiente podemos leer: *«hemos de escuchar a toda familia con respeto y amor, haciéndonos compañeros de camino, como Cristo con los discípulos en el camino de Emaús»*. Valen de especial manera para estas situaciones las palabras del papa Francisco: *«La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos– en este “arte del acompañamiento”, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro. Tenemos que darle a nuestro camino el ritmo sanador de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana (EG 169)»*. Respeto, amor, compañeros de camino, arte del acompañamiento...

Terminaba el Sínodo Ordinario (XIV AGO) enviando al papa su Relación final, que sería tenida muy en cuenta para la redacción de ese preciso y precioso documento magisterial titulado *Amorislaetitia*. En esta Relación final, en su número 88, los padres sinodales recogen una pregunta que el papa Francisco había dirigido a toda la Iglesia en la homilía de la misa de medianoche del día 24 de diciembre de 2014: *«¿Tenemos el coraje de acoger con ternura las situaciones difíciles y los problemas de quien está a nuestro lado, o bien preferimos soluciones impersonales, quizá eficaces, pero sin el calor del Evangelio? ¡Cuánta necesidad de ternura tiene el mundo de hoy! Paciencia de Dios, cercanía de Dios, ternura de Dios»*. Paciencia, cercanía y ternura.

Y unos pocos meses después de finalizar el Sínodo Ordinario, nos llegó el regalo de la *Amorislaetitia*; regalo que se materializa en la invitación a acompañar, discernir e integrar la fragilidad. Efectivamente, en *Amorislaetitia* se nos recuerda que la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña, y se señala con meridiana claridad (que solo prejuicios ideológicos impiden reconocer como claridad) que *«un pastor no puede sentirse satisfecho limitándose a aplicar leyes morales a quienes viven en situaciones “irregulares”, como si fueran rocas que se lanzan sobre la vida de las personas. Es el caso de los corazones cerrados, que suelen esconderse aún detrás de las enseñanzas de la Iglesia para “sentarse en la cátedra de Moisés y juzgar, a veces con superioridad y superficialidad, los casos difíciles y a las familias heridas”»* (AL 305). Y con esa misma claridad (que escandaliza a más de uno), el papa destaca que *«el grado de responsabilidad no es igual en todos los casos, y puede haber factores que limiten la capacidad de decisión. Por lo tanto, al mismo tiempo que la doctrina se expresa con claridad, hay que evitar*



*los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición» (AL 79).*

La Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia* es clara al afirmar que la Iglesia debe acompañar a todos sus hijos con atención y cuidado, pero este acompañamiento debe ser especialmente delicado para con sus hijos más frágiles, aquellos que han sufrido heridas en el corazón y en el alma. Y lo que la Iglesia debe ofrecerles, en ese cuidado pastoral, es, principalmente, confianza y esperanza.

## CUIDADO PASTORAL DE LAS FAMILIAS HERIDAS

*«Al que se sienta al borde del camino, herido, no le echa a andar más que el samaritano que entiende de vendar heridas».*

*– José Antonio García, SJ*



¿Cómo ayudar a entender que nadie queda excluido de la misericordia de Dios y cómo expresar esta verdad en la acción pastoral de la Iglesia para con las familias, en particular las heridas y frágiles?; ¿está la comunidad cristiana preparada para encargarse de las familias heridas, para hacerles experimentar la misericordia del Padre? ¿Cómo puede la Iglesia atender y cuidar a las familias heridas? Más aún, ¿cómo pueden las familias heridas ayudar a la Iglesia a ser, cada día, un poco más de Jesús?

¿Qué elementos deberían estar presentes en un itinerario eclesial que busque atender, cuidar y acompañar a tantas familias que tienen sed de compañía, respeto, dulzura y esperanza?

Como imaginará el lector, quien esto escribe no tiene una varita mágica ni una mente privilegiada para solucionar o responder a estas importantes

preguntas. Pese a todo, sí quiero compartir al menos una respuesta tentativa, enumerar los componentes de un itinerario posible en ese ministerio de atención y cuidado... Porque lo que debería estar claro es que, con gran misericordia, la Iglesia está llamada a encontrar formas de compañía para sostener a estos hijos suyos en un itinerario de reconciliación.

En primer lugar, la **presencia**. Hay que estar en el camino para poder ver. El acompañamiento pastoral, como las cosas importantes de la vida, no funciona con mando a distancia. Necesitamos hacernos presentes en los lugares –físicos, virtuales, vitales– y en la realidad que habitan las personas a las que queremos acompañar. Evidentemente, no se trata de mera

presencia física (importante, qué duda cabe...), sino también y puede que, sobre todo, afectiva. Quien quiera ayudar a una familia (herida o no) debe amarla, admirar lo que significa, conocer sus potencialidades y su belleza, y debe tener entrañas de misericordia para estar presente sin colonizar, cercano sin juzgar, disponible sin agobiar, para ayudar sin crear dependencia. Un tipo de presencia que supone paciencia, disposición para aprender, capacidad de sorpresa, voluntad, y también recta intención... Una presencia discreta pero también nítida, respetuosa pero también interpelante; una presencia más afectiva que ideológica. Esta presencia, más pastoral que doctrinal, nos facilitará una experiencia de **encuentro**. Y para llegar a encontrarnos precisaremos de un bien cada día más escaso: precisaremos de tiempo.

En segundo lugar, **diálogo**. Decía Paulo Freire que el diálogo es el encuentro entre seres humanos para transformar el mundo. A través de la palabra (*día-logos*), conocer la vida, los gozos y las esperanzas de estas familias, porque son también los nuestros. Dialogar es ponerse al mismo nivel, querer pronunciar una palabra verdadera, dar y recibir confianza, ser capaces de ponerse en el lugar del otro. El diálogo es horizontal por vocación. Consiste en compartir y escuchar respetando los valores de los demás. El diálogo auténtico provoca una radical apertura a la vida del otro y de su punto de vista. Para un cristiano hay una realidad que nos ayuda a entender lo que es el diálogo en plenitud: la Encarnación. En ella Dios se pone a nuestro nivel, su Palabra se hace nuestra palabra, y gracias a ella se hace posible la experiencia profunda de encuentro. Y en ese encuentro Dios no solo nos revela cómo es Él, sino que también nos revela lo que estamos llamados a ser. No podremos ayudar a las familias heridas si no establecemos con ellas un encuentro que se asemeje lo más posible al encuentro que se da en Jesucristo entre el ser humano y Dios.

Un tercer elemento, importante ya desde el comienzo, lo constituye el hecho **de ser conscientes** de que Dios ya está habitando esa familia en sus circunstancias concretas. Dios nos precede siempre, y ya está trabajando y dándose a esa familia. Dios ya es misericordia cordial para los heridos antes de que nosotros lleguemos. Por eso, un objetivo básico en nuestra tarea de atención pastoral es no querer adelantar a Dios: nosotros vamos detrás. Nuestra tarea pastoral conlleva también ayudar a los miembros de esa familia concreta a descubrir que tal vez ellos se hayan alejado de la Iglesia o hayan sentido que la Iglesia se ha alejado de ellos, pero que quien nunca se ha ido, quien ha permanecido siempre ahí, es el Dios de la misericordia, el Dios de Jesucristo, el Dios Padre-Madre que nos sigue sosteniendo, día a día, por amor. «¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré» (Is 49,15).

# PRESENCIA, DIÁLOGO, CONCIENCIA DE LA PRESENCIA DE DIOS EN ESA FAMILIA...

En el proceso de acompañamiento y cuidado de las familias heridas es preciso, pues, hacer nuestros sus problemas, sus heridas, sus dudas... Comprender su búsqueda, sus miedos, sus necesidades... En definitiva, dejarnos afectar, percibir desde el interior, intentar comprender en profundidad desde la comunión. Para ello será necesario desprendernos de «lastres» (cada uno sabrá qué pesos le impiden caminar junto a otros, qué pre-comprensiones y qué prejuicios le acompañan). Evidentemente, comprender no significa renunciar a lo que creemos, ni comulgar con ruedas de molino, ni ser quienes no somos. Comprender significa percibir, penetrar, alcanzar, simpatizar y hasta hermanarse...

Esa comprensión cordial nos ayudará a caminar juntos hacia una solución, hacia una respuesta que ayude a esa familia concreta en su camino. Para ello será preciso, como hemos visto, escuchar, ver, trabajar, testimoniar... Somos muy amigos de comenzar por la «solución». Somos muy amigos de decir a los demás lo que tienen que hacer para solucionar sus problemas. Sin embargo, el camino de regreso a casa, de sanación, de conversión, solo es posible cuando se han dado los pasos anteriores... Ese es el camino al que la Iglesia, a través de la *Amoris laetitia*, nos invita. Juntos en ese camino, en ese acompañamiento verdadero, será posible que las familias heridas, los agentes de pastoral familiar y toda la comunidad eclesial puedan vivir, crecer y sanar.

Cuando las familias concretas experimenten problemas concretos en sus vidas y en sus relaciones, deben poder contar con la ayuda y el acompañamiento de la Iglesia. Así, toda la comunidad eclesial debe involucrarse para que se sientan en casa. Toda la comunidad eclesial deberá trabajar para que, quienes atraviesan problemas (sean cuales sean), se sientan integrados en la vida diaria de la Iglesia, y esto significa que se sientan integrados en las homilías, intervenciones públicas de los miembros de la Iglesia (consagrados o laicos), medios de comunicación eclesiales, instituciones educativas, sociales y pastorales...

La comunidad eclesial debe usar su ternura y su creatividad para que se les dé cauce para poder perdonar y perdonarse, para trabajar y asumir el caudal de sentimientos, en ocasiones abrumadores, que experimentan. También debemos ayudarles, en caso de ser necesario, a reconocer errores y asumir responsabilidades... La comunidad eclesial debe sentirse vocacionada para ayudarles en sus tareas de reconciliación y de aceptación personal, para ayudarles a reconstruir autoestima y humanidad allá donde estas hayan sido dañadas. La comunidad eclesial debe también darles la posibilidad de disfrutar de tiempo libre y reducir su estrés, de sentirse acompañados, de sentirse familia grande. Y también debemos todos honrar y acompañar el dolor que sienten, dándoles siempre una nueva oportunidad de sentirse capaces de amar y ser amados.



Somos todos responsables en el camino que les conduzca a participar realmente en la vida eclesial. Somos todos responsables en ayudar a esos hijos e hijas de Dios concretos a recuperar la confianza y la esperanza usando grandes dosis de ternura. Nadie busca la herida, aun cuando podamos tener responsabilidad en ella por acción o por omisión. Por eso, lo que necesita de nosotros la familia herida puede que sea que le mostremos el rostro verdadero de Dios, que siempre libera porque siempre ama.

Me van a permitir que termine estas líneas con una frase de Saturnino de la Torre. Evidentemente quiero referirla a los miembros de las familias heridas, pero, sobre todo, quiero dedicárnosla a quienes estamos llamados a acercarnos a familias heridas e intentar amarlas, acompañarlas y contribuir en su camino de humanidad. Me digo y les digo que ojalá hagamos de esta frase/consejo una manera de acercarnos al dolor ajeno:



*«Aprende a mirar donde ya miraste y trata de ver lo que aún no viste».*

## EDUCAR EL MIEDO CONSTRUYENDO LA CASA SOBRE ROCA

**ÁNGELA ORDÓÑEZ CARABAÑO. PSICÓLOGA. PROFESORA DEL PROGRAMA EDUCADEMOS DE LA CÁTEDRA DE FAMILIA Y DISCAPACIDAD. UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS. MADRID.**

Ya indica Julián Marías, en su célebre reflexión sobre la felicidad humana, que todo lo que hacemos en esta vida es para intentar ser felices; y añade: «la fuente principal de felicidad son las personas, las otras personas». La felicidad está ligada a la condición amorosa del hombre, capital para que sea feliz, y esto genera un punto grande de inseguridad. Y, a veces, el hombre prefiere la nada a la inseguridad, porque la inseguridad, la incertidumbre y la intemperie... nos dan miedo.

En contra de la creencia generalizada, la tristeza no es enemiga de la alegría; son emociones que, vividas con hondura, pueden coexistir. El miedo, sin embargo, sí puede convertirse en obstáculo. Algunos temores son de tal calado que las personas que los sufren acaban por vivir

atormentadas anticipando fracasos, incapaces de celebrar nada ni de sorprenderse, porque siempre hay para ellas algún nuevo riesgo que les acecha. El miedo, por tanto, necesita ser trabajado, para no permitirle tomar las riendas. *¿Qué miedos pueden impedir que vivamos con alegría?*

- *Miedo al amor*: a no ser amados, a la soledad, a la intimidad, al rechazo.
- *Miedo a la muerte*: a la enfermedad, a la pérdida, a las despedidas, a los fracasos.
- *Miedo a la vida*: a no encontrar su lugar, a la rutina, a las esclavitudes.

Estas realidades existen; lo importante no es si se dan o no. De hecho, todas acontecerán en mayor o menor medida. La cuestión es si podemos encontrar alternativa al miedo a la hora de vivir esas condiciones tan humanas. En algún momento, tanto los hijos como nosotros mismos no seremos amados y nos sentiremos solos, perdidos, preguntándonos si hemos encontrado su lugar en este mundo y viviremos la muerte y la pérdida.

Sabiendo que todo esto, inevitablemente, o lo hemos o lo vamos a vivir y que nadie lo puede (ni debe) ahorrar, nos preguntamos: «¿Qué puedo hacer para ayudar que mi familia sea feliz?»: Ayuda a vivir sin miedo al amor, sin miedo a la muerte y sin miedo a la vida a quienes te rodean. No será fácil, pero es lo más valioso que puedes hacer por los que quieres.

Este repaso a la educación de los miedos permitirá descubrir qué actitudes tenemos interiorizadas en nuestra familia y cuáles no. El esfuerzo educativo de los padres en la familia hace que estos también aprendan, que descubran sus luces y sus sombras, si este esfuerzo se realiza de manera reflexionada y profunda. Es un camino de ida y vuelta entre hijos y padres.

## 1. MIEDO AL AMOR

Para presentar este universal temor voy a contar la historia de Lucía:

*«Lucía tiene 11 años, y le gusta Pedro. Acaban de empezar 1º de la ESO y les han sentado juntos en clase. Ella es tímida; Pedro es más sociable... Anoche hablaron por WhatsApp, Pedro le dijo que quedaran en la escalera que baja al gimnasio después de comer: a esa hora no habrá nadie; han acordado “rollo”, y Pedro le preguntó hasta dónde puede llegar: “¿Puedo tocarte debajo de la ropa? Sí-no... ¿Y debajo de la ropa interior? Sí-no...”. Lucía no sabía bien qué contestar: “Y si le digo que no a algo de lo que me pide... ¿ya no se liaré conmigo? Si yo le digo que no, Marta, la de 1º B, seguro que le dice que sí. Y el caso es que no sé si quiero; de hecho, hay ratos que me apetece, y otros que no... Y si le digo que sí por escrito, ¿es como un contrato?; ¿le tengo que dejar mañana? Si no le dejo tocarme, ¿querrá volver a liarse conmigo? Pedro me gusta mucho... pero no sé hasta dónde quiero llegar...”. Finalmente, le contesta que sí a todo, no vaya a ser que Pedro se eche para atrás y se busque a otra.».*

## EDUCAR LA AFECTIVIDAD

La historia de Lucía y Pedro no es una historia real, pero no se aleja mucho del pan de cada día en los inicios afectivos de muchos adolescentes de hoy. Sus primeros encuentros (y los siguientes) van a ser acordados por WhatsApp. Podemos llevarnos las manos a la cabeza y enarbolar una bandera en defensa del retorno al romanticismo o negarlo enfurecidos, blindando la imagen de nuestros hijos como santos inmaculados, o asumir que esto está siendo así, con la mirada un poco libre de juicios, y ver de qué manera les ayudamos a gestionarlo. La respuesta prototípica del adulto será: «No dejes que nadie te toque si no quieres».

Esta lectura tiene un problema de base, y es que Lucía no sabe si quiere... De hecho, hay ratos que quiere, y otros que no; a veces por WhatsApp sí que quiere, pero en persona ya no. Porque la fantasía nos permite llegar a lugares que no siempre desearíamos pisar en la realidad. Las cosas se pueden complicar, con pantallazos de la conversación que Pedro o Lucía difunde por otros grupos de WhatsApp perdiendo el control y el alcance de la información. Y al día siguiente, en el colegio, tenemos a una niña de 11 años juzgada y humillada y a un niño macho alfa ensalzado y aplaudido..., cuando en realidad ninguno de los dos quiso llegar a tal extremo.

Solo darse cuatro besos furtivos en el recreo y descubrir qué es eso de empezar a amar y ser amado. Pedro y Lucía son la generación del acceso todopoderoso a la información. Tienen a su alcance todo el conocimiento que se les antoje, y lo van a buscar; es más, lo deben buscar, porque lo desconocido nos atrae con su fuerza arrolladora, y la inquietud y la curiosidad son indicadores de un desarrollo evolutivo saludable.



El papel de los adultos ya no va a ser facilitar información, sino regular su acceso a ella. No se trata, de sentar a los adolescentes un día y tener la conversación para explicar cómo vienen al mundo los niños. Esa información ya la tienen... El problema será el volumen y la distorsión de los contenidos a los que acceden. A los adultos les corresponde organizar esa información, clarificar cuál es real y cuál forma parte del cine, qué lleva a la distorsión de la realidad y qué información es mejor que no sigan viendo para no alimentar expectativas falsas de lo que serán sus encuentros sexuales futuros.

Es importante explicarles por qué algunas imágenes pueden dañarles y poner todos los medios necesarios para bloquearlas en casa y en sus teléfonos; lo que salga de esos límites escapa a vuestro control, pero no de puertas adentro. Por lo tanto, si acceden a esa información, que no sea de forma reiterada y habitual porque vosotros se la habéis puesto en bandeja. Ellos no tienen capacidad para regularse en muchos ámbitos de su vida, sino que irán adquiriéndola

gradualmente. Necesitan a los adultos para decidir qué información es buena y cuál no. Se trata de que sepan que hay imágenes que distorsionan nuestra manera de ver la vida y no ayudan a crecer como personas.

En el mundo de hoy, todo habla de sexualidad, mientras que las familias y los educadores guardan silencio. La familia guarda silencio porque es lo que hicieron con ellos, y es un tema difícil de abordar; y los educadores guardan silencio, por miedo a que las familias no estén de acuerdo con sus planteamientos y se dé algún tipo de enfrentamiento... Como consecuencia, «menores muy informados, pero con conocimientos imprecisos, banales y no legitimados por la familia»

## **EDUCAR LA INTIMIDAD**

Retomando la historia, no sabemos qué responde Lucía a la petición final de Pedro; el desenlace queda abierto, y tal vez, llegados a este punto, hay algunos aprendizajes previos que podrían ayudar a ambos en la gestión de esta conversación. En primer lugar, «una educación sexual que cuide un sano pudor tiene un valor inmenso... resguarda su interioridad y evita ser convertida en puro objeto» (AL, 282). Es importante transmitir la idea de intimidad como lugar donde proteger cuestiones valiosas de nuestra vida y que, por tanto, no deben ser ocultadas al mundo, pero tampoco podemos abrir de par en par sus puertas, permitiendo que lo íntimo se convierta en terreno público, al que cualquiera tenga acceso.

## **EDUCAR LA CONFIANZA**

Será necesario, pues, promover en las familias una confianza realista, para discernir bien a quién queremos dar acceso a lo íntimo y, de todo lo que hay en el cajón de la intimidad, a cuánto queremos dar acceso. Sin caer en lecturas reduccionistas ni polarizadas de la confianza, típicas de la adolescencia: «si confías en mí, tengo que saberlo todo de ti y tengo que ver y tocar todo de ti».

En esto, como en todo, el aprendizaje vicario a partir de lo observado en la familia será vital, ya que «el desarrollo afectivo y ético requiere de una experiencia fundamental: creer que los propios padres son dignos de confianza... con el afecto y el testimonio» (AL 263). Si no nos ejercitamos en hablar de lo íntimo en la familia, no podemos pretender que, cuando lo necesiten y llegue el momento, puedan plantear sus dudas e inquietudes sobre sexualidad; si lo íntimo hasta entonces ha sido tabú, la sexualidad lo será también. Si nunca han escuchado a sus padres hablar de cuestiones tan íntimas como el miedo, la vergüenza, la fe o el amor, los niños no aprenderán a conectar con esos sentimientos, a ponerles palabra y compartirlos. Entenderán que todo lo relacionado con su mundo interior es mejor que quede ahí, a buen recaudo, y la sexualidad, como dimensión íntima, quedará en el cajón de aquellas cosas de las que es mejor no hablar.

## 2. MIEDO A LA MUERTE

En ciertas ocasiones la muerte irrumpe en la vida del niño, atormentándolo con la posibilidad de lo efímero, en su propia vida o en la de aquellos a los que quiere y que son su fuente de seguridad y estabilidad. La muerte, en esos casos, trae abruptamente el fin de la inocencia, y los esfuerzos de los adultos por edulcorar la crudeza de la vida, de repente, resultan insuficientes.

### EDUCAR LAS DESPEDIDAS

Será necesario acompañarlos en los duelos y, de la misma manera que gradualmente incorporamos información sobre afectividad, también deberemos permitirles conocer, entender y afrontar por sí mismos las pérdidas y las despedidas. No me refiero aquí tan solo a las muertes, sino a todos los finales de las cosas buenas que tiene la vida y que no duran eternamente: celebraciones, viajes, juegos, abrazos, encuentros... Todo tiene principio y final, y tendremos que enseñar que esto es parte indisoluble de la vida y educar así la paciencia en las esperas, la esperanza en los finales, y el recuerdo fiel en las pérdidas. Para ello serán imprescindibles los testimonios de las figuras de autoridad y lo que perciban de ellas en su manera de afrontar la vida. Incide en esto el papa Francisco cuando afirma que «una educación que deja de lado la sensibilidad por la enfermedad aridece el corazón; y hace que los jóvenes estén “anestesiados” con respecto al sufrimiento de los demás, incapaces de confrontarse con el sufrimiento y vivir la experiencia del límite» (AL 277).

### EDUCAR LOS FRACASOS

Se ha hablado mucho de la delgada línea entre protección y sobreprotección, amor incondicional y sobre implicación emocional, y de los riesgos que los excesos conllevan para padres e hijos.

Es importante que la educación esté encaminada a que el niño se haga una persona autónoma en el mundo. Será necesario mantener expectativas elevadas sobre ellos, pero siempre sabiendo que expectativa es distinto de exigencia. Debemos transmitir el mensaje de que el fracaso forma parte del camino para todo aquel que da pasos. La tarea del adulto es enseñar al niño a vivir. La actitud del adulto no puede ser nunca desesperación, así el niño no aprende. Los padres tendrán que decir las cosas infinitas veces, y los hijos fracasarán; pero si se continúa repitiendo aquello que se desea que aprendan, con consistencia y claridad, aprenderán también que su valía como personas permanece intacta, independientemente de si tienen o dejan de tener éxito.



## EDUCAR LA CULPA

Recordando que el objetivo es educar para construir adultos libres de miedos innecesarios y que vivan con alegría, merece una mención especial la culpa. Toda religión, de una manera o de otra, contempla el ámbito de lo prohibido porque es dañino para el ser humano. En la forma de entender la renuncia reside también el secreto de la posterior experiencia de culpa o plenitud. No va a ser lo mismo renunciar a un bien porque está prohibido que renunciar a ese mismo bien porque hay un bien mayor. La primera experiencia desencadena culpa cuando se yerra en el camino; la segunda experiencia genera vergüenza por haber perdido el bien deseado. Pero la vergüenza posibilita el cambio, mientras que la culpa añade un peso mayor incluso que el de la pérdida.

Será de vital importancia plantear castigos (cuando sean necesarios) encaminados hacia una sana vergüenza, cuando la conducta del niño pueda dañar a otros o a uno mismo, procurando que los castigos vayan encaminados, si es posible, a reparar el daño causado, descartando así culpas innecesarias que llevan a una experiencia de indignidad y desproporción. A los hijos no solo les llegará el castigo concreto tras una acción, sino el mensaje de que han hecho algo que les daña y que eso importa, porque ellos importan a sus padres, y por eso los castigáis. No son menos valiosos, ni indignos, ni pierden nada del amor parental.



### 3. MIEDO A LA VIDA

Toda persona busca responder a las grandes preguntas de la vida: nuestro origen, nuestra muerte y qué se espera de nosotros entre lo primero y lo segundo. Toda vida tiene un horizonte. Quizá no podamos conocerlo de antemano, ni siquiera intuir lo correcto o incorrecto de nuestras elecciones; será después de toda una vida, volviendo la vista atrás, cuando podamos decir que la vida tuvo sentido, que recibimos aquello que deseamos y que quizá recibimos más de lo que buscamos.

#### **EDUCAR LA BÚSQUEDA DE SENTIDO**

La familia es el lugar privilegiado donde conocer la experiencia de unidad y vinculación con otros. Pero la unidad, llevada al extremo, puede convertirse en exigencia de uniformidad. No cabría entonces el pensamiento crítico, la duda, la pregunta, la búsqueda personal y la elección, tan necesarios para encontrar algunas respuestas que solo pueden ser accesibles de manera individual y que nadie más que la propia persona puede conocer.

#### **EDUCAR LA VOLUNTAD PARA QUE DÉ PASO A LA ACCIÓN**

Obras son amores... la sabiduría del refranero español nos ilustra otro de los elementos a tener en cuenta en la educación: la importancia de los actos concretos y reales que materialicen las buenas intenciones y motivaciones. Podemos tener muy buena disposición hacia los demás, pero la inclinación que sentimos hacia determinado valor no se convierte en una virtud sin actos. Atreverse a ser feliz tiene un punto grande de riesgo, incertidumbre y posibilidades de fracaso. Dice Julián Marías que «la mayor parte de las personas no se atreven a ser felices, por miedo a la inseguridad, por miedo a la infelicidad. Lo más importante es atreverse a ser feliz, aunque no se sea, aunque no se consiga, aunque la felicidad se frustre. Siempre hay en el hombre una capacidad de renacer».